

LAS TARDES DE LA COLONIA ROMA



Si nuestra juventud un poco dichosa, nos permite reír con sano estrépito, ¡qué diablo! bien podremos en las mañanas de esta primavera vestida de limpio, olridar que la decadencia de la alegría impera en el mundo, como lo afirma el sutil autor de "La Ciudad y las Sierras".

Veréis en estas páginas, adorables muchachas de quince años, milagrosas transformaciones e inesperados mantiales de alegría. Ya el erudito y noble señor Monterde y García Icazbalceta, encerró en el armario tallado su péñola cerrantina de rucia arc y dando tres vueltas a la cerradura musical, enterró la llave herrumbrosa y calada junto a un rosal lleno de frescura que abre al sol sus botones sangrientos. Sin ferreruelo ni tizona, le veréis discurrir por estas páginas, con decires modernos y franca jorialidad: El y yo dejaremos el misterio de los rincones rirreynales y el perfume rago de las cosas pasadas, para seguir el desfile mañana de las mujeres de estos días, que diluyen en nuestra existencia la gracia de sus ojos y la jricolidad de sus almas,—mérito muy combatido por los poetas llorones y sin historia.

Pasaremos ante vuestras curiosas pupilas, del brazo de una existencia nueva—Niñón traciesa y bulliciosa, con perfumes de fruta mojada—y la doctoral sabiduría y la fastidiosa erudición, se quedarán dormitando como riejas empotradas sobre los pergaminos frecuentados por los ratones y los desmesurados queridos de un historiador miope. Así, nuestros renglones serán bondadosos y amables.

Quisiera que éstos míos, rolaran de mano en mano, a la hora del Paseo crepuscular en la Plaza de Orizaba, y que protocaran comen-

tarios sabrosos y sonrisas furtivas. Son para las muñecas muy siglo XX que humillan al surtidor petulante, con su elegancia sencilla y cristalina. Alguna tarde, hubiese querido ante la aristocracia de este Paseo de la Colonia, concertirme en un abate de acuarela,—como el soñado por Darío—y recitar al oído de esas Parabére y Maintenon minúsculas, un madrigal improrizado y nuero con motivos del "Cantar de los Cantares".

Porque, a la verdad, este desfile de cabeceitas de pájaro, no se olrida pronto. Me gustaría frecuentarlo con aquel pintor Chéret, enamorado de lo raporoso y de lo sonriente, para que mediante un discurso entusiasta y audaz, organizara un cortejo Luis XIV que asombrara a esta recogida Ciudad de los prejuicios.

Jesús Chararría, nuestro talentoso dibujante, ha perdido algunas horas, limpiando sus gafas mancerinas. Está conrencido, afortunadamente, de que en las hornacinas de azulejos, no tiembla la llama de una lamparilla de aceite, sino el reflejo de un foco de arco, moderno y claro. Y en lugar de miniar una página de misal o el poder de un Notario con gorguera, piensa ir una tarde a la Colonia Roma para sorprender el encanto de una media de seda bien restirada que sale de un vestido color de topacio cortado por Madame Lafage.

El ángel de Durero, dormita en esta redacción, melancólicamente caricaturizado por Cabral. Eca de Queiroz, dijo que sólo en Africa se puede reír francamente. Es que no turo noticias de los pascos en la Plaza de Orizaba, donde la risa es cosa fácil y graciosa, y más aún, risa espontánea y joren. Será acaso, porque las pollitas no están ultra-civilizadas. Gracias a Dios, que tenemos el dón de reír, milagroso tesoro, que nos dará motivos para esta labor dichosa de conrcersar con las mujeres de hoy, en las mañanas de primavera, vestidas de lino, y en las tardes de ciclo limpio, y sonrisa prodigiosa de nubes blancas...

Manuel HORTA.

